

Veinticinco años de democracia

Esta democracia y no la democracia llega a sus veinticinco años. La huida del dictador Marcos Pérez Jiménez, la madrugada del 23 de enero de 1958, dio la ocasión para el nacimiento del sistema político que hoy existe en Venezuela. No era la única alternativa posible en aquel momento. Fue la alternativa que logró dominar las nuevas relaciones de poder, por tanto la que ha logrado apropiarse la calificación de la democracia venezolana.

La fecha aniversaria sorprende a esta democracia venezolana en un momento paradójico. Aparece, por un lado, fuerte y robusta. Ha logrado importantes pasos en el desarrollo económico, está en marcha un nuevo proceso electoral nacional y lleva un número significativo de años como sistema aceptado por el país. Pero, por otro lado, los mismos dirigentes-fundadores de este sistema democrático hablan permanentemente de la cercanía de una crisis nacional. La cobija petrolera ya no puede arropar las nuevas áreas conflictivas. El hombre de la calle ha perdido la ilusión y cree cada día menos en las promesas de los partidos y en la palabra de las élites. Que el futuro va a ser siempre mejor no parece una afirmación compartida.

Existe, sin embargo, un amplio consenso en que esta democracia es el "menos malo" de los sistemas políticos que hemos experimentado en nuestra historia republicana. Convencimiento que se convierte, para algunos sectores, en la base fundamental de una actitud políticamente conservadora, o sea, empeñada en afianzar las actuales relaciones de poder social para conjurar cualquier cambio sustancial que "ponga en peligro la democracia". Para otros, por el contrario, ese convencimiento se traduce en una acción política que lleve a superar esta democracia para salvar la democracia.

Estamos convencidos de que la posibilidad de realización de los intereses del pueblo venezolano tiene mucho que ver con la democracia, entendiendo que esta democracia es apenas un pequeño paso hacia ella y que, por lo tanto, debemos comprometernos en un proyecto político que lleve a superarla.

LAS BASES DE ESTA DEMOCRACIA

Esta es una democracia rentista, estatista, pactada entre las élites como sistema de partidos, con una participación popular mediada, ideológicamente asentada y en busca de renovar sus acuerdos fundamentales y sus canales de mediación.

Rentista porque ha podido establecerse, estabilizarse y crecer gracias al aporte creciente de la industria petrolera al fisco nacional y al conjunto de la economía. Un aporte que recibe el Estado venezolano en razón de ser el propietario de los yacimientos, y no por la realización de actividades económicamente productivas. La disposición de esa enorme renta ha permitido a esta democracia allanar el camino del desarrollo económico capitalista, haciéndole frente a las presiones sociales a través de un desmesurado crecimiento del gasto público.

Una democracia en la que el Estado es la pieza fundamental de la marcha de la sociedad; un Estado distribuidor de la renta petrolera, el principal inversionista, el principal empleador, el principal ente financiero, el creador de la industria productiva y hasta de los propios industriales; un Estado que se ha expandido de tal manera que penetra todos los resquicios de la vida política, económica y social de Venezuela.

Las relaciones de ese Estado con el conjunto de la sociedad civil se dan mediante un sistema de partidos, que ha logrado, en estos veinticinco años, consolidarse como un sistema sin conflictos antagónicos. Esa mediación única es posible porque nació de un acuerdo entre las élites políticas, económicas, militares y religiosas, al calor del "espíritu del 23 de enero", y que ha logrado legitimarse continuamente a través de la masiva participación de la población en las elecciones. Esa combinación de un Estado-rentista-distribuidor de beneficios, mediado por los partidos y sentido como democrático, ha dado como resultado un sistema político ideológicamente asentado en el país, que puja, en estos momentos, por ampliar su base de legitimidad social aprovechando los reacomodos a que está obligando la situación económica interna y externa.

SUS LUCES

El primer gran éxito de esta democracia es poder presentarse como alternativa real y prolongada a la dictadura militar como "gobierno natural" de un país como Venezuela. Veinticinco años de gobiernos representativos, surgidos de elecciones nacionales periódicas, permiten pensar en la superación definitiva del recurso a las Fuerzas Armadas como única posibilidad de garantizar las condiciones del desarrollo económico y social.

Este éxito queda aún más patente por el contraste que ofrecen las dictaduras y gobiernos militares del resto del continente latinoamericano. En este momento Venezuela puede exhibir resultados económicos por lo menos semejantes a los de los países gobernados por los militares, teniendo en cuenta las particulares características de su economía. Y puede, además, presentarse con un mayor grado de desarrollo político del conjunto de la sociedad, posibilitado, sin duda, por el sistema democrático.

Igualmente, estos veinticinco años de experiencia democrática han permitido la difícil combinación entre alternabilidad política de los gobernantes y continuidad en los objetivos político-económicos. Evidentemente, la base de la continuidad tiene que ver con el pacto de las élites antes mencionado. Pero, la estabilidad y consolidación del sistema ha tenido una estrecha relación con la alternabilidad en el gobierno. Ha sido ella la que le ha dado mayor credibilidad a la democracia y un importante margen de cambio de políticas, estilos y personas que hacen compleja y satisfactoria la vida democrática.

Esta democracia puede, también, presentarse como la realización exitosa de un proyecto populista. Lo que fue la inspiración y aspiración de muchos movimientos latinoamericanos en este siglo (aprimismo, peronismo...) se ha hecho en gran parte realidad en Venezuela. La transición a una sociedad moderna, quebrando el poder de las oligarquías terratenientes y su dominio desde la economía sobre la sociedad, incorporando a las masas campesinas "atrasadas" al desarrollo socioeconómico y la creación de organizaciones políticas, sindicales y gremiales nuevas, han cambiado radicalmente la faz de la estructura social venezolana, acercándola cada vez más al ideal de las llamadas democracias occidentales.

SUS SOMBRAS

Hasta las más altas figuras de esta democracia la reconocen como imperfecta y necesitada de importantes transformaciones. Tenemos una democracia demasiado reducida. No basta con la existencia de elecciones quinquenales, de un Congreso, de partidos y sindicatos, para que la democracia sea verdadera. Nuestra experiencia cotidiana nos dice que las "instituciones democráticas" no son sino mediatizaciones de las relaciones de poder no controladas por el pueblo venezolano.

La participación efectiva del pueblo en los procesos de toma de decisiones, en todos los niveles de la vida social venezolana, es un slogan de esta democracia, muy alejado de la realidad. Esta es una democracia que no escucha al pueblo, sino que le reparte cosas. No lo considera sujeto de la vida política, sino beneficiario de las verdaderas o supuestas ventajas del sistema vigente.

Esta democracia significa una superación de un cierto tipo de caudillismo y de algunos caciquismos, pero sigue siendo un sistema en el que toman decisiones sólo unos pocos: las minúsculas cúpulas de los dos grandes partidos, de la CTV, de los más poderosos entre los grupos empresariales. Estar bien con alguna de estas cúpulas, por la vía de la militancia partidista o la afiliación sindical u otra más directa, es la única posibilidad que tiene el ciudadano común de asegurarse alguna participación en la distribución de los beneficios sociales, políticos o económicos.

Se trata, además, de una democracia sumamente ideologizada. Desde su fundación el pluralismo está bien delimitado. Más recientemente la penetración de la Doctrina de la Seguridad Nacional en la concepción de quienes tienen en sus manos las decisiones, y en las leyes de la República, nos mantienen en un ficticio "estado de guerra" contra los enemigos de nuestra "civilización". Una democracia que acepta calladamente matanzas como la de Cantaura, en octubre del año que acaba de terminar, por la simple razón de que se trataba de "enemigos del sistema", que soportó la arbitrariedad de los funcionarios de los cuerpos policiales, que se hace la vista gorda ante el permanente olvido de la Constitución y las leyes; en la que crece como un cáncer la corrupción, y en la que todo encuentra su "justificación", parece estar bajo el efecto de una droga muy potente.

DEMOCRACIA FUTURA

Lo que parece históricamente cierto es que, después de veinticinco años, la democracia que ha surgido a partir del 23 de Enero de 1958 es el único punto de partida que tenemos para cualquier proyecto de futuro que se plantee.

Esto significa, en primer lugar, descartar el recurso a formas autoritarias o menos participativas como modelo político que guíe la dinámica del desarrollo. La demostración hecha por los regímenes militares suramericanos en los últimos años, refuerza esta convicción y nos aleja de la tentación aún presente en ciertos sectores privilegiados de la sociedad, y más o menos difundida a través de la ideología de la seguridad nacional.

También significa que la posibilidad de supervivencia de la democracia en Venezuela exige la transformación de esta democracia. El futuro no puede concebirse como una prolongación de la experiencia presente, ni la acción política reducirse a parapetear los problemas inmediatos para mantener la actual estructura de nuestra democracia.

La democracia futura de Venezuela depende de la capacidad que va adquiriendo la sociedad civil venezolana de hacerla nacer y crecer desde su propio seno. Una democracia que se sustente en la producción propia de bienes y servicios en lugar de "vivir de sus rentas", que reduzca el papel del Estado en el conjunto de las relaciones sociales, que despartidice las necesarias vinculaciones entre el aparato estatal y las actividades de la población, solamente es posible pensarla si surge de la maduración de la sociedad civil que va adquiriendo diversas áreas de autonomía directamente gestionadas por el pueblo y sus organizaciones propias.